

# Altamirano, las revistas literarias y la novela

*Blanca Estela Treviño*

Es preciso que el arte tenga su objetivo en sí mismo, que enseñe, moralice, civilice y edifique de camino, pero sin desviarse de él y yendo siempre hacia adelante.

*Victor Hugo.*

**H**ace un siglo, el 13 de febrero de 1893, murió Ignacio Manuel Altamirano. Desde entonces su palabra y su magisterio intelectual se preservan, pese al olvido en que solemos refundir a las figuras señeras de nuestra historia.

La influencia de Altamirano fue de índole espiritual y vital más que literaria. Las generaciones que le sucedieron, lo leyeron con un fervor casi religioso y se empeñaron en incorporar en sus creaciones artísticas los postulados nacionalistas del maestro. Este magisterio se interrumpió cuando los modernistas —José Juan Tablada, Amado Nervo, entre todos ellos—, aparecieron en la escena literaria a fines de siglo pasado.

Ignacio Manuel Altamirano encontró en la crítica y en la historia literarias —como bien afirma José Luis Martínez— uno de los instrumentos más adecuados para ejercer aquel magisterio intelectual a que se vio destinado en las letras mexicanas desde 1867, año en que concluyó la segunda aventura imperial en territorio mexicano.

Cuando Altamirano emprendió la redacción de las Revistas Literarias de México tenía 35 años, la experiencia de varias guerras civiles y de dos invasiones extranjeras, amén de la redacción de numerosos discursos que son hoy célebres piezas oratorias.

Las vicisitudes del pasado y la estrechez económica del momento no lo hicieron claudicar. Imbuido por el fervor de sus sentimientos patrióticos y por una mística liberal, Altamirano sostuvo, en 1867, sin pestañear: "...la juventud de hoy, nacida en medio de la guerra y aleccionada por lo que ha visto, no se propone sujetarse a un nuevo silencio. Tiene el propósito firme de trabajar constantemente hasta llevar a cabo la creación y el desarrollo de la literatura nacional, cualesquiera que sean las peripecias que sobrevengan".

Se gestaba así el proyecto de literatura nacional que el maestro defendió en todos los foros donde participó. Esta nacionalización de la literatura, sólo la

entendemos a la luz del pensamiento liberal que profesaron los intelectuales del siglo XIX.

En un esclarecedor ensayo sobre Ignacio Ramírez y Altamirano, ya Nicole Girón ha examinado la "idea de cultura nacional" sostenida por estos pensadores; la unidad de propósitos y las contradicciones internas que estos autores heredan y derivan, obligadamente del proyecto criollo de Independencia y del proyecto liberal de nación.

Inventario y memoria, las revistas literarias de México son un registro del acontecer literario del siglo XIX; un recuento de la poesía, la novela y el teatro mexicanos, desde 1821 hasta 1883. Durante varios años, Altamirano fue registrando los acontecimientos y las obras, los nombres y el carácter de las personalidades más sobresalientes en el proceso de nuestra literatura decimonónica.

En estas páginas también apreciamos el temperamento y las virtudes del maestro: el vigor de su inteligencia, su generosidad, su erudición y la avidez de su espíritu siempre dispuesto al conocimiento y al diálogo.

En el autor de *Clemencia*, el ser liberal aparece no sólo como una ideología sino como un temple y una disposición del ánimo. Gracias a estas cualidades y a la creencia en la pluralidad de opiniones pudo reunir, sin importar facciones, a todos los escritores de su tiempo en lo que habría de ser la mejor revista literario-cultural del siglo XIX: *El Renacimiento*.

El propósito de todas las empresas de Altamirano era uno: el quehacer literario podía contribuir a la afirmación de una conciencia y un orgullo nacionales. Así, la misión de los escritores debería ser la de entusiasmar al pueblo, disponerlo a las luchas por la libertad y la civilización para llevar a cabo la gran empresa del desarrollo e integración cultural del país.

En las revistas literarias destaca el examen que Altamirano hizo de las novelas de sus contemporáneos. Sin proponérselo abiertamente el maestro fue diseminando a lo largo de estas páginas, una serie de planteamientos rectores sobre el quehacer literario y, en particular, el correspondiente al género de la novela. Estas observaciones llegan a concebirse como un manifiesto, por así llamarlo, como una serie de principios que atienden más a la ideología de la novela que a su forma específicamente literaria. En estas anotaciones Altamirano no alude a las características específicas del género novela; no habla de personajes, la temporalidad, el punto de vista, a la manera que lo haría un teórico de la literatura. No obstante, sus apreciaciones sobre el género contribuyen a esclarecer el por qué la novela en el siglo XIX no alcanzó el desarrollo y la calidad de la novelística europea.

Altamirano (como bien reza el epígrafe de este trabajo) tuvo a Víctor Hugo como mentor, y junto con él defiende el carácter civilizador del arte. Lo que nuestra incipiente nación requería era educación, y Altamirano defiende esta postura.

Al leer los postulados de Altamirano sobre la novela, se llega a concebir una síntesis de cuatro enunciados, que podrían conformar un bosquejo de su manifiesto novelesco:

1. En México, la literatura debe buscar la esencia nacional, deshaciéndose de las tendencias y pretensiones existentes en Europa.

2. La novela debe ser el “libro de las masas”; un instrumento educador, algo así como una herramienta de “pedagogía civil”.

3. La literatura es ante todo un manantial de ideas y en este sentido, la novela se propone fundamentalmente como un vehículo ideológico.

4. La misión de la novela es “vulgarizar a los demás géneros”. Es el género totalizador en boga.

En la búsqueda de una literatura virgen, nacional, propone Altamirano un rechazo de las influencias europeas. Nuestra literatura, prosigue el maestro “debe buscar el fondo histórico, el estudio moral, la doctrina política” bullentes en la sociedad mexicana.

A través de la novela —o mediante ella— los autores logran llevar a las masas doctrinas y opiniones. Este artificio, sin embargo, no debe impedir que se “introduzca el buen gusto y el refinamiento” en los lectores.

La novela, apunta Altamirano “dejando sus antiguos límites” debe convertirse en el “mejor vehículo de propaganda”, pues resulta —a sus ojos— el género más gustado entre las lecturas populares y particularmente “por el bello sexo, que es el que más lee y al que debe dirigirse con especialidad, porque es su género”. Para el maestro la novela “es un ejercicio útil y agradable para la imaginación”, y en este sentido propone que sean cultivadas la novela de costumbres y la novela histórica que son las más adecuadas para instruir a un pueblo que comienza a ilustrarse. La ficción amorosa, para Altamirano, debe ocupar el último lugar. En los asuntos amorosos del género narrativo, dice, “no deben buscarse más que elevación, verdad, sentimiento delicado y elegancia de estilo”.

Colocándose al lado del periodismo, del teatro y de los adelantos tecnológicos, la novela —mediante su forma “agradable y atractiva”, hace comprender al pueblo ideas que de otra manera serían difíciles de asimilar. La utilidad de la novela resulta grande, y sus efectos benéficos en la instrucción de las masas.

Adelantándose a lo que serían en el siglo XX el cine y la televisión, Ignacio Manuel Altamirano definió su ideal de novela como “el libro de las masas”, sin lograr prever el lugar que ocuparía la imagen gráfica en la comunicación colectiva. Por ello recomendaba considerar al género “por la influencia que ha tenido y tendrá en la educación de las masas.”

Estos postulados regirán la producción novelística hasta fines del siglo XIX. Las novelas de Juan A. Mateos, Vicente Riva Palacio, José Tomás de Cuéllar o Manuel Payno, se entenderán desde las lecciones del maestro.

A un lector contemporáneo, deslumbrado por la novelística de Víctor Hugo o Flaubert, las obras de los autores mexicanos ya citados les resultarán empobrecidas. Y las narraciones de Altamirano imperfectas y propagandísticas.

Sin embargo, estos juicios desacreditan nuestros vanos intentos de leer *Clemencia* o *El Zarco* como si leyésemos *Madame Bovary* o *Los miserables* porque México en el siglo XIX no es Francia, ni Altamirano Flaubert o Víctor Hugo. Esto último sin ánimo de menospreciar a nuestros liberales que a su manera y con un país en ruinas hicieron esfuerzos que hoy se antojarían ciclópeos.

A menudo, el prejuicio sustituye la lectura de los escritores del siglo XIX. Recordando a George Steiner, podemos afirmar que toda crítica verdadera

encierra un acto de amor, o cuando menos de solidaridad; una solidaridad siempre más ardua que el desdén y el silencio. Critiquemos a nuestros escritores pero primero leámoslos.

Verdad de Perogrullo, Ignacio Manuel Altamirano no ha trascendido a la historia de la literatura mexicana ni por la hondura de sus personajes ni por la trama de sus narraciones, pero sí por su estatura moral y por su magisterio intelectual.

Leer hoy las historias de Ignacio Manuel Altamirano, y el resto de su obra toda, es adentrarnos en una entrañable crónica del siglo XIX mexicano. Por sus preocupaciones políticas, Altamirano es, en estos tiempos de integración y sometimiento conservador, un autor de necesarísima lectura.